RELEVO

Bien fuera porque la tarde estaba un tanto encapotada, o porque la nostalgia de mi reciente permiso, me inclinaba a las ideas meláncolicas, lo cierto es que experimentaba un malhumor creciente a medida que la segundera de mi reloj iba dando vueltas.

Debió dar muchas, toda vez que cuando miré a través de la rectangular ventana de apaisados cristales de la oficina, mis compañeros con sus impecables saharianas y relucientes trinchas iban al baile.

Quería abandonar aquel éxtasis del que estaba poseído y me producía aquella forma de ser escéptica y rara, y salí a la carretera. Anduve un rato sin rumbo fijo y al llegar a la barra interceptadora de la Aduana, volví mis pasos hacia atrás, dejando aquella tristeza y pálido ambiente. Sentía los lastimeros quejidos de las ramas que amenazaba arrancar de los árboles aquella espeluznante tramontana, y contemplé una ventana que era zarandeada a merced de aquel huracanado viento que se proponía hacerla añicos.

Inconscientemente llegué hasta "La Unión Junquerense". Al entrar en el local y acercarme al mostrador pregunté meditabundo al conserje: ¿Que cree Ud. que debo tomar?. Cogió una botella en la que se leía perfectamente **"Veterano"**. Ciertamente era una ocasión propicia y consonante, si, realmente se estaban incorporando los reclutas.

Evidentemente llegaron los reclutas; nuestro relevo. Dentro de un par de meses jurarán bandera, igual que nosotros cuando vinimos a suceder a los que ya marcharon, Igual que nosotros formamos en la explanada (en que aprendimos a hacer los primeros movimientos), al lado izquierdo del altar; frente al mismo las fuerzas veteranas. Terminada la misa empezó la ceremonia; el mástil de la bandera estaba vertical y ésta bien izada; entonces el Jefe de las fuerzas mandó presenten armas permaneciendo nosotros firmes (puesto que estábamos sin ellas). El Jefe que iba a tomar el juramento cruzó su sable con la bandera, manteniéndolo horizontal, y pronunció con palabras emotivas que llegaban hasta lo más recóndito de nuestro ser:

"¡Soldados! ¿Jurais a Dios y prometeis a España besando con unción su bandera, respetar y obedecer siempre a vuestros Jefes, no abandonarlos nunca y derramar, si es precisa, en defensa del honor e independencia de la Patria y del orden dentro de ella, hasta la última gota de vuestra sangre?"

"Sí; lo juramos."

"Si así lo haceis, la Patria os lo agradecerá, y premiará, y si no, merecereis su desprecio y su castigo, como indignos hijos de ella."

Soldados. "Viva España."

Seguidamente el Jefe de la fuerza mandó descansar las armas y acto seguido desfilamos pasando en columna de a uno; al llegar a la bandera nos descubrimos le dimos frente, y cogiendo el paño encarnado, símbolo de la sangre de los que cayeron luchando contra todos los que intentaron mancillar su honor, besamos la bandera roja y gualda revalidando con ello nuestro título de Españoles.

Aceptando cariñosamente nuestra promesa, ondeaba con un simbolismo ufano y agradecido, mientras pasábamos descubiertos entre el arco que formaba la bandera y el acerado sable del Jefe que estaba enfrente de ella.

Después con el aire que caracteriza a un bravo soldado ansioso de cumplir su deber, marchamos desfilando al son marcial de la banda y dispuestos a marchar guerrilleando al son de un concierto de percutotores entre las montañas de nuestras Grandes Guardias y clavar en las cumbres más altas de nuestra frontera el estandarte de nuestra Agrupación Mixta de Montaña n.º 11.

Con la satisfacción que produce de haber cumplido un deber, llegará el día en que ya no forme parte activa del Ejército, dejaré la frontera del Pirineo Oriental, aparentemente dormida, pero conservaré, hasta que la Patria vuelva a reclamar mis servicios, el indeleble recuerdo de que soy 1.ª de Montaña, y ello no es llevar un galón verde encima del bolsillo izquierdo de la sahariana si no mucho más adentro, **!en el corazón!.**

Sold. 1.a Manuel Sanz Brunet de la 9.a Cía.